

Castellana: quién te ha visto y quién te ve

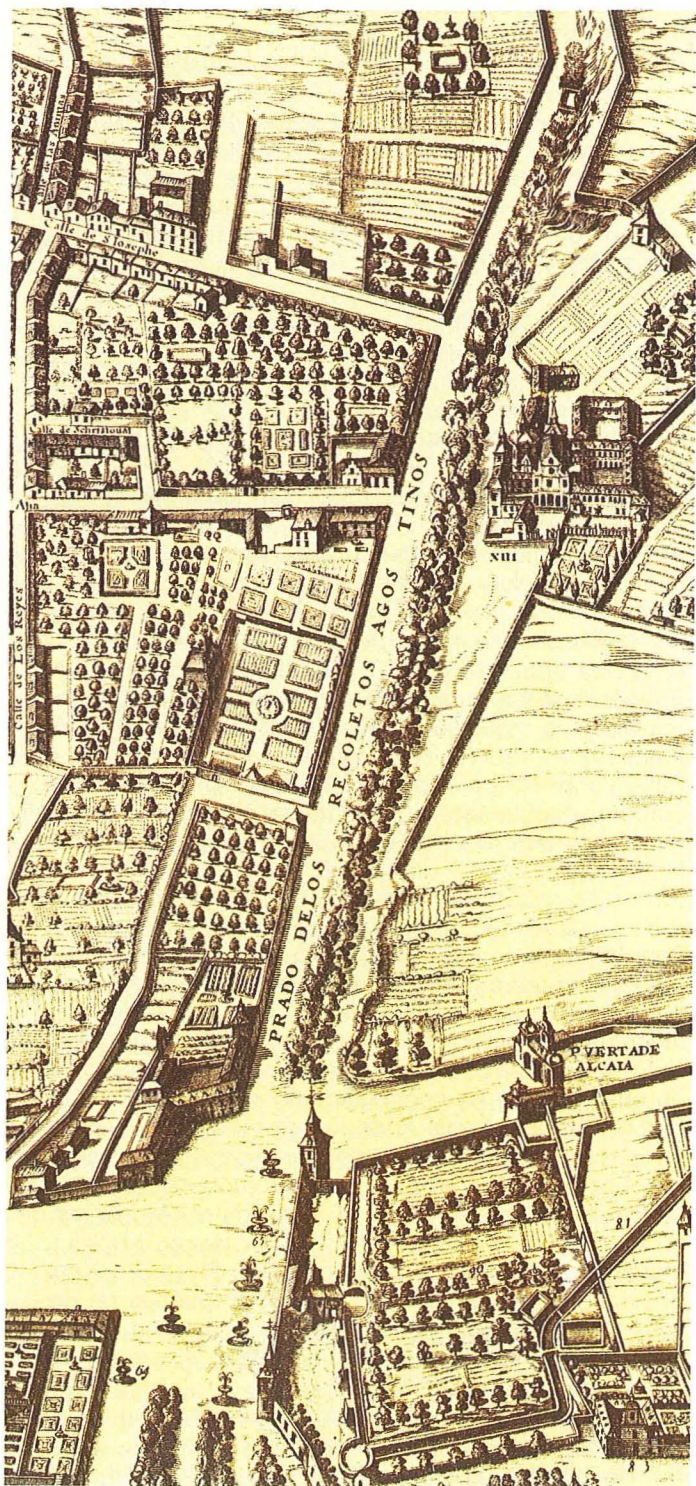
Antaño fue un paseo casi rural, donde la ciudad acababa, que se fue poblando poco a poco de deliciosos y señoriales hotelitos. Era la época de los grandes señores, que inevitablemente levantaban sus palacetes, al estilo francés, en el

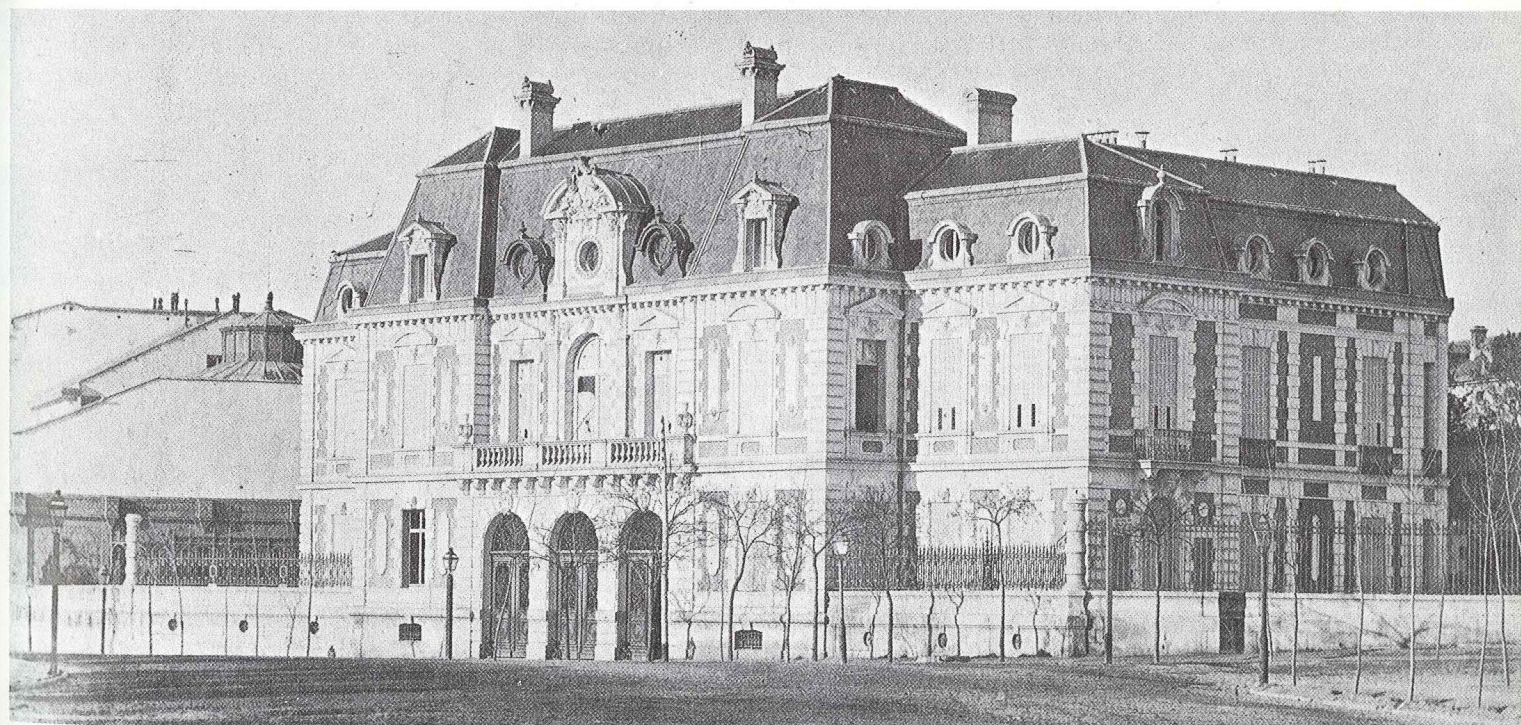
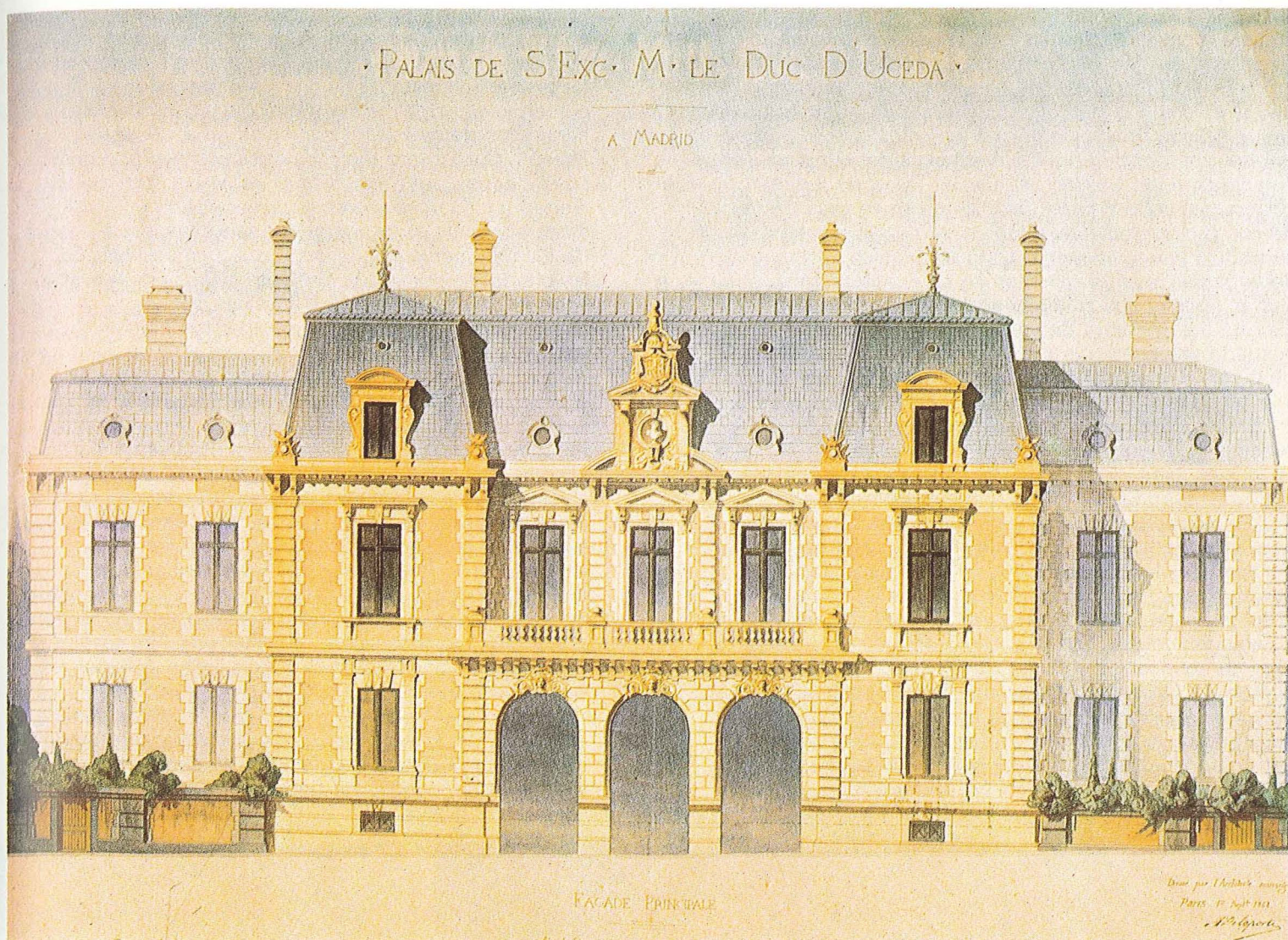
paseo de la fuente de la Castellana. Después la fuente desapareció y al paseo sólo le quedó el nombre. Desaparecieron los palacetes y los hotelitos, y en su lugar se levantaron inexorablemente torres de cemento y hormigón, plazas frías e inhóspitas. Y donde vivieron los señores de la aristocracia se instalaron todos los bancos del Estado, las multinacionales. El paseo de la Castellana reúne lo mejor y lo peor de la historia de Madrid y de su arquitectura, y ya ha quedado para siempre como la columna vertical de la ciudad del poder y del capital.

Lo que el tiempo se llevó

Por Pedro Navascués Palacio

La secuencia urbana que, para bien o para mal, ofrece hoy Madrid es, a no dudarlo, el gran eje de la Castellana. Se trata de la prolongación natural de los Paseos del Prado y de Recoletos, cuya fisonomía ya se había perfilado en el siglo XVII, tal y como figura en el plano de Texeira (1656). A un lado y otro de aquellos enfilados "prados" de abundante arboleda se fueron levantando edificios y conjuntos irregulares tales como el palacio y jardines del Buen Retiro o el magnífico convento de Agustinos Recoletos (S. XVII) sin olvidar el Museo del Prado o el Palacio de Buenavista (S. XVIII). Quiero significar con ello que el costado occidental de Madrid gozó de la preferencia de la monarquía, nobleza y, en parte, de la iglesia, para construir su marco de vida, entre otras razones porque era zona que permitía cierta generosidad de espacio a efecto de huertas y jardines. En resumen, era el borde avanzado de la ciudad que posibilitaba un crecimiento en esta dirección por tratarse de suelo que hoy llamaríamos rústico y que pronto se convertiría en urbano. No obstante la ciudad vendría a plantear su primer Ensanche, el llamado Plan Castro (1857), prolongando los referidos paseos y convirtiéndolos en arteria principal que atraviesa la ciudad de sur a norte. Esta prolongación se llamó "Delicias de Isabel II" y "Paseo de la Fuente Castellana". El primer nombre cayó en desuso por la posible confusión con el más antiguo Paseo de las Delicias madrileño, y el segundo, al retirar la fuente, abrevió su nombre para dejarlo en Paseo de la Castellana, cuyo último estirón sobre el plano lo dio ya en nuestro siglo XX. Como contrapartida, nuestro tiempo ha transformado el contenido de aquella suerte de "cardo" romano que venía a dividir en dos la ciudad. Sin embargo, los primeros derribos y sustituciones comenzaron ya en el





En la página anterior fragmento del plano de Madrid de Pedro de Texeira, 1656. En esta página, arriba: plano de alzada del palacio del Duque de Uceda. Inmediatamente sobre estas líneas: el mismo Palacio ya construido.

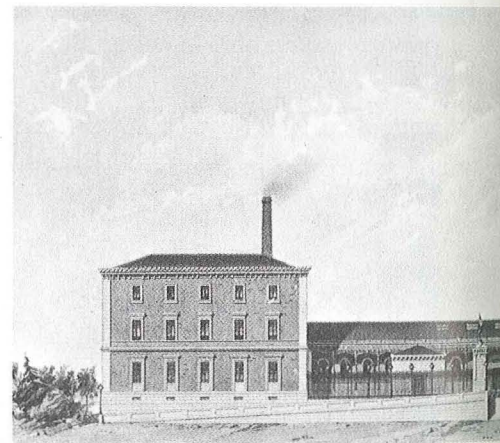
siglo XIX y la Desamortización se encargó de conjuntos como el convento, huertas y jardines de los Agustinos Recoletos del que sólo conserva su recuerdo la toponimia callejera. A ésta siguieron operaciones tan decisivas como la parcelación y venta de la posesión real del Buen Retiro, de la que tan sólo resta el parque del Retiro y desmembrados elementos del antiguo palacio como el Casón o el ala del Salón de Reinos. ¿Qué significa todo esto? Sencillamente se trata del eco de una honda transformación social y política que se tradujo inmediatamente en la fisonomía de la ciudad y en el carácter de su arquitectura. Con el peligro que siempre encierra el generalizar en exceso, bien pudiera decirse que aquella gran vía fue ocupada entonces por un nuevo grupo social que protagonizó gran parte de nuestro siglo XIX, me refiero a la burguesía, o como decía Fernández de los Ríos, a la "aristocracia nueva" surgida, en su parte más ostentosa, del comercio, de los negocios, de la banca; en la más flaca, de las armas y la política (Guía de Madrid, 1874). En efecto, el tramo del Paseo de Recoletos se convirtió en una experiencia previa de lo que luego se haría en la Castellana. Es más: al desaparecer la Puerta de Recoletos, situada en la actual Plaza de Colón donde terminaba la ciudad en 1860, la continuidad formal y social entre Recoletos y Castellana fue absoluta. Por ello no puede entenderse ésta sin conocer cómo a mediados del siglo XIX se impuso en Recoletos un tipo de vivienda unifamiliar de lujo, rodeada de jardines, que representaba una forma nueva de concebir la vida en la ciudad, muy distinto del gran caserón que la vieja nobleza había levantado siglos atrás en el corazón de Madrid y que,

indudablemente, había envejecido con sus mismos dueños: Ahora los nuevos inquilinos de la zona son hombres jóvenes, de talante liberal, que hicieron su fortuna en los ferrocarriles, en la bolsa y con el comercio principalmente, y que gustaban vivir como lo hacían las gentes de su condición en el resto de Europa. Compraron terrenos desamortizados o bien suelo "barato" por encontrarse en la periferia de la ciudad y allí construyeron su propio barrio. Concretamente al de Recoletos se le llamaba el barrio de los banqueros donde, para que nada faltase, se levantó la desaparecida Casa de la Moneda, en cuyo solar formaron los insípidos jardines del Descubrimiento sobre un gran aparcamiento subterráneo.

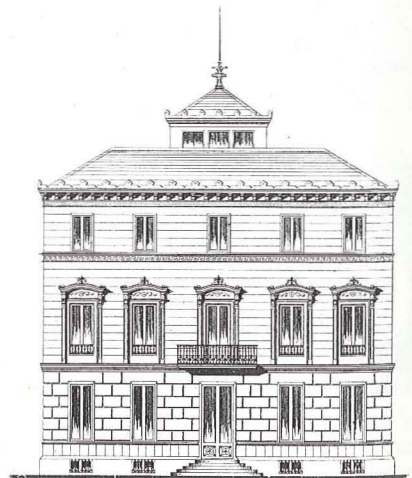
Arquetipo ejemplar de aquel nuevo hombre, dinámico, viajero, arriesgado en los negocios, que alcanzó títulos aristocráticos que comienzan en él y no representan herencia, es, sin duda, el marqués de Salamanca. Ningún otro hombre de nuestro siglo XIX encarna tan ajustadamente este nuevo tipo burgués que se perfila con fuerza frente a la vieja nobleza. Dejando ahora los antecedentes que en el siglo XVIII pudieran representar los contados palacios y jardines que hubo en los paseos de San Jerónimo y de Recoletos, como el de Villahermosa y Buenavista, lo cierto es que se debe al marqués de Salamanca la iniciativa entre nosotros de la construcción de un tipo de palacio señorial al que cuadra bien el nombre, entre cariñoso y diminutivo de "palacete". Surgió así el de Salamanca en Recoletos, uno de los pocos que subsisten aunque convertido en Banco Hipotecario, de corte italianizante y gran belleza al que he dedicado una reciente



Vista del Paseo de la fuente de la Castellana.



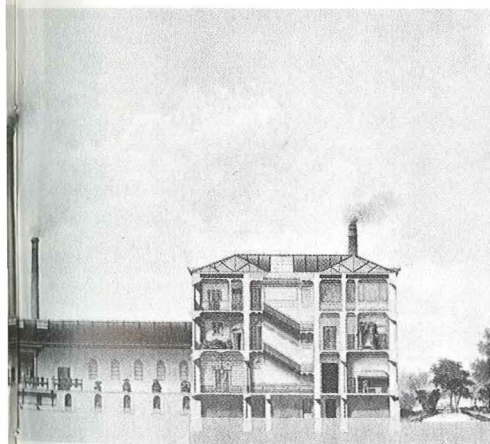
Plano de alzada de vivienda tipo de primer orden para el paseo de la Castellana.



monografía (un Palacio romántico, 1883). Sólo diré aquí que no sólo era el continente sino lo que el propio edificio guardaba lo que hizo del palacio de Salamanca un ejemplo que otros seguirían. Allí en sus vistosos salones de techos pintados de la planta noble, Don José de Salamanca llegó a reunir una colección de pinturas absolutamente extraordinaria, posiblemente la mejor después de la real, que desgraciadamente se dispersó en dos subastas realizadas en París, en 1867 y 1875, para hacer frente a las deudas del marqués que conoció el viaje de ida y vuelta de la fortuna. Pero no sólo fueron pinturas, sino que los más extraordinarios muebles, esculturas y objetos artísticos hicieron de este palacete un edificio de porte regio, y no en vano su arquitecto, Pascual y Colomer, lo era de la reina doña Isabel II. Ahora bien, al estudiar el caso de Salamanca, además del interés de su romántica biografía sucinta, no es menor el del mimetismo social que aquel desencadenó. Así, inmediato al de Salamanca, surgió el Palacete de Remisa, socio de Salamanca desde 1841 e inversor con él en el ferrocarril de Madrid-Aranjuez. Más allá se encontraba el de Campo, ligado también a la explotación del ferrocarril como financiero de la banca Almanza-Valencia-Tarragona. Mayor resultaba el palacete de Calderón, quien formaba parte del Consejo de Administración del Crédito Mobiliario Español y tenía fuertes intereses, como accionista, en la Compañía de los Ferrocarriles del Norte. Así podríamos seguir citando nombres y palacios, en su mayoría parecidos, de los que tan sólo queda alguna reliquia como el que, a pesar de sus actuales propietarios, todavía se mantiene en pie en la Plaza de

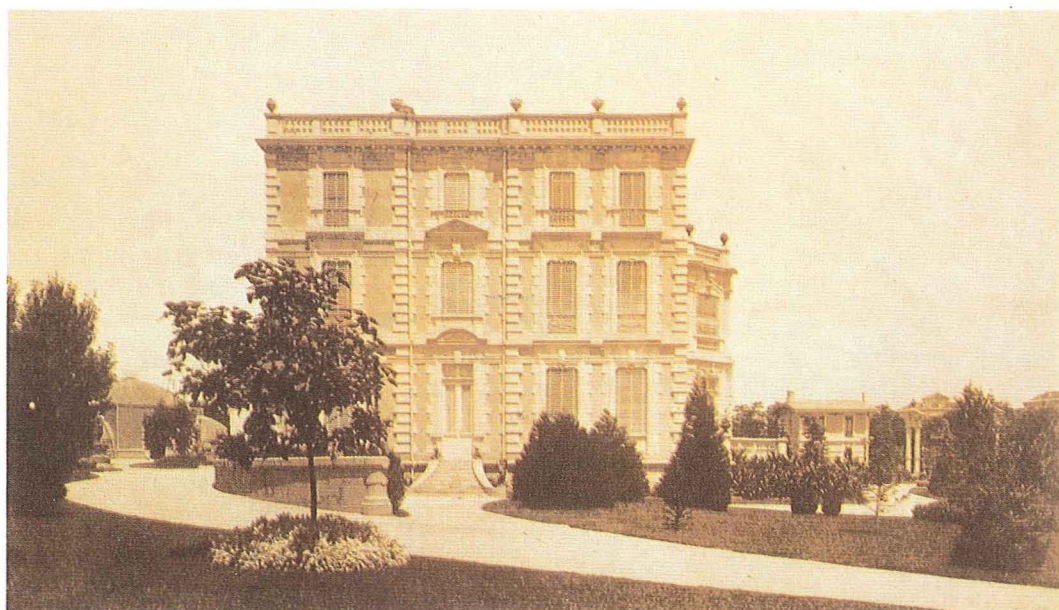
Cibeles. Me refiero al palacio de Murga, marqués de Linares. Este capitalista estuvo ligado a Salamanca y como él se vino a vivir a esta zona, entre el Banco de España y la Casa de la Moneda. El deplorable estado en que se encuentra debiera sonrojar a la Confederación de Cajas de Ahorro por tenerlo en tales condiciones, tanto por la dignidad del edificio como por el lugar que ocupa en la ciudad. Su interior resulta todavía de una belleza sorprendente y, a mi juicio, gran parte del proyecto y mobiliario interior debió venir de Francia, según se desprende del gusto de las chimeneas de sus salones, los "panneaux", lámparas y mobiliario hoy perdido, que denuncian el efectista y rico estilo Segundo Imperio.

Si nos trasladamos a la Plaza de Colón, donde teóricamente comienza la Castellana, encontraríamos allí hasta hace unos años, el magnífico Palacio de Uceda que luego llevó el nombre del marqués de Salamanca y finalmente de Medinaceli hasta su inexplicable derribo. Si traigo aquí el nombre de este palacio que todavía muchos recordamos haber visto derribar, ante una pasividad colectiva hoy impensable, es porque además de ser posiblemente el ejemplo más notable de todos cuantos se levantaron en la Castellana, concurren en él aspectos que merecen conocerse. Por una parte dicho palacio (1864) confirmaba la implantación entre nosotros del "hotel" francés desbancando al modelo italiano de la "villa" en cuya línea se encuentra el palacete de Salamanca arriba mencionado. Mas no sólo era nuevo el tipo sino también el gusto, ya que aquel palacio de Uceda era de hermosísima arquitectura francesa, dentro de un estilo entre Luis XIII y Luis XIV, en el que no podía

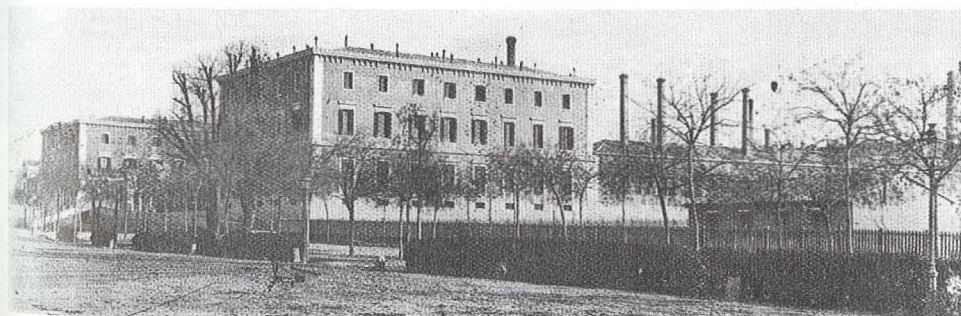


Fachada transversal de la Casa de la Moneda, 1869.

Vista de la Fábrica Nacional de la Moneda.



Palacio de Indo, en el Paseo de la Castellana.



faltar la mansarda negra como coronación del edificio, lo cual hizo que a este tipo de construcciones se les conociera en Madrid como "casas de réquiem", dada la similitud con la tapa de un ataúd. En este edificio, en efecto, todo era francés, incluyendo la piedra empleada en su construcción que se hizo llegar por ferrocarril desde Angulema. Finalmente, el proyecto que aquí pasaba por ser de un tal Mariano Andrés Avenosa descubrió recientemente el diseño original firmado en París por Delaporte, arquitecto que desde la capital francesa debió hacer en serie, proyectos análogos dentro de los tradicionales estilos de los "Luises", con destino a tantas capitales de Europa. Esta moda francesa, políticamente sostenida por el enlace matrimonial de Eugenia de Montijo con Napoleón III, se mantuvo en gran parte de los hoteles que se levantaron en la Castellana e inmediaciones.

Mas al hablar de la Castellana hemos de recordar que antes de ser una vía urbana flanqueada por aquellos hoteles a la francesa, fue ante todo un paseo iniciado en los días mismos de Fernando VII. En realidad dicho paseo seguía la pauta de Recoletos y San Jerónimo, es decir, largas calles paralelas de árboles plantados esta vez por Francisco Sangüesa, a quien tanto debe el arbolado de Madrid. Precisamente hubo que llevar a cabo costosos trabajos de desmonte, nivelación del terreno, desvío de arroyos, alcantarillado, etc. hasta lograr aquella formidable avenida que en su trayecto tenía distintos anchos. Invito al lector curioso a leer la minuciosa descripción que Madoz incluye en su Diccionario de aquel paraje que muy pronto, en 1847, alcanzó un porte notable tanto por sus plantaciones como por los bosquetes, jardines, laberintos,

cenadores, paredes de lilas y rosales, además de la hermosura prestada por los paseos que desde otros puntos aflúan a la Castellana. Dos elementos ayudaban entonces a vertebrar esta composición, uno era la desaparecida Fuente del Cisne y otro la viajera Fuente Castellana. Aquella centraba una glorieta en la que se produce el primer quiebro del paseo y se llamaba del Cisne por el que hizo el escultor José Tomás para rematar una vieja fuente que procedía del patio del desamortizado San Felipe el Real. La fuente Castellana fue, por el contrario, objeto de un nuevo proyecto debido al arquitecto Francisco Javier de Mariátegui de quien el Museo Municipal de Madrid guarda un retrato con dicha fuente al fondo, por ser ésta su obra más popular. Se trata en realidad de una sencilla y ecléctica composición de granito, piedra caliza y de Colmenar, que a modo de original "obelisco" con atributos reales centra un pilón. Desde allí dos esfinges en bronce, debidas también a José Tomás, ofrecían agua potable a los paseantes.

La fuente, ideada en tiempos de Fernando VII, se llevó a cabo en los años de Isabel II, pero más adelante, estorbando la prolongación de la Castellana se trasladó a la Plaza de Manuel Becerra-Roma, dejando tan sólo el nombre para el paseo. Más tarde se llevó al modesto parque de la Arganzuela donde muy pocos madrileños saben del origen de esa extraña fuente que ahora mira de cerca al río Manzanares. En su primitivo emplazamiento vino a colocarse luego el monumento a Castelar. Digamos finalmente que hasta bien entrado nuestro siglo XX aquella Castellana enriquecida con nuevos monumentos como el de Isabel la Católica del escultor Oms y hoy también desplazado por

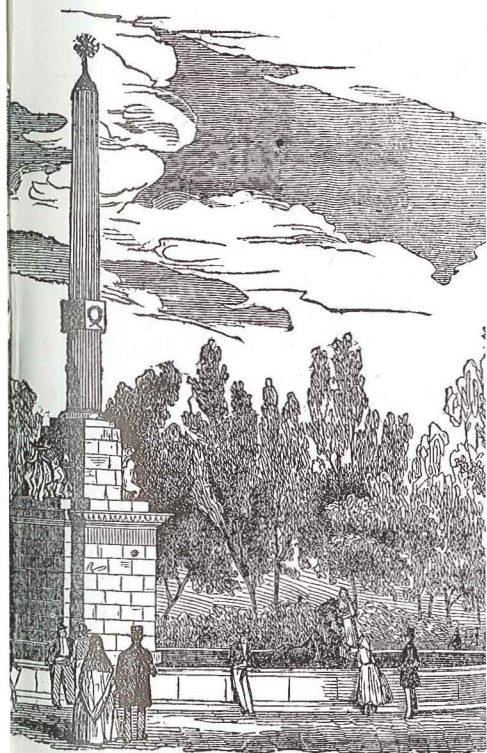


Palacio de Anglada.

una fuente, repitiéndose una vez más ese incomprensible ritual nuestro que somete a un baile continuo a estatuas, fuentes y monumentos, la Castellana, decimos, conducía al Hipódromo de Madrid cuyos terrenos vendrían a ocupar los Nuevos Ministerios.

Desde muy pronto a un lado y otro de la Castellana surgieron sencillas casas como las de Arango y Bertodano, al tiempo que iniciaba Salamanca no sólo la financiación del barrio que lleva su nombre sino que actuaba como promotor de hoteles de primer, segundo y tercer orden, según la situación económica del propietario, que se levantarían en la misma Castellana. Su acuerdo y relación con constructores franceses hacía llamar a estas casas unifamiliares de lujo y aisladas, hoteles, si bien tipológica y estilísticamente nada tenían que ver con los ya citados como el de Uceda. Este modelo fue algo más tardío y no permitía más estandarización como la que Salamanca ambicionaba para reducir costos. Entre los nuevos a la francesa que allí se levantaron merece recordarse el de Indo, ocupando una pequeña elevación sobre el jardín que le rodeaba. Indo fue a su vez promotor de toda una serie de hoteles de alquiler en el lado izquierdo de la Castellana, que tuvieron una cierta unidad por deberes al mismo arquitecto Ortiz de Villajos dentro de un estilo ecléctico muy personal que en Madrid se conocía como "estilo Villajos". Nada de todo esto queda, ni siquiera el magnífico palacete de Indo que fue derribado y sustituido por otro no menos noble, el de Montellano, del que tampoco resta nada. Conocemos, sí, algo de lo que fue el extraordinario palacio de Montellano por dentro, contando con un

magnífico vestíbulo circular del que partía una escalera y dos galerías. Espejos italianos, tapices de Gobelinos, una colección de pinturas de Goya, la decoración pompeyana del comedor, el salón de mármoles y espejos abierto al jardín, la biblioteca reproduciendo la del Castillo de Postdam, etc., pueden dar idea de la riqueza e interés de estas arquitecturas de la Castellana, escaparate de la fortuna de muchos. No se concebía tener dinero y no poseer un palacio, tanto que la propia literatura recoge con naturalidad este fenómeno y así, Palacio Valdés en su *Sinfonía Pastoral* describe el propósito de su personaje, Antonio de Quirós, de establecerse en Madrid después de haber hecho fortuna en Cuba con negocios de tabaco, navieras, construcciones, empréstitos y banca. Quirós, un asturiano que fue a América sin llevar nada más que lo puesto, decide instalarse, ya rico, en Madrid, donde "su gran riqueza le permite vivir fastuosamente". Para ello lo primero que hizo fue alquilar un hotel en la Castellana mientras que construían el suyo propio —continúa Palacio Valdés—, dotado no sólo de todas las comodidades, sino de lujos que pocas casas ostentaban en Madrid en aquella época: techo del comedor pintado por Plasencia; los "panneaux" del salón por Ferrán; los muebles, venidos directamente de París, caballos, coches, diez o doce criados, etc. Es decir, un auténtico espíritu de emulación, fuertemente sostenido, produjo un fenómeno socio-arquitectónico de gran magnitud e interés que luego no hemos sabido heredar como lo han hecho otras capitales europeas que muestran hoy con digno orgullo páginas a las que nada tendría que envidiar ésta de la Castellana.



Grabado de la Fuente Castellana, que dio nombre al Paseo.



Palacio del marqués de Linares, actualmente ha desaparecido el remate superior.